

La Hibridez de los Centros Culturales

“Los centros culturales se encuentran en una “especie de no lugar” o en un lugar a medias entre muchas instituciones y sus respectivos conceptos o programas culturales. Organizamos exposiciones, pero no somos museos, muestras de cine pero no somos cines, teatro y danza sin convertirnos en teatros, lecturas sin ser cafés literarios, coloquios y ponencias científicas sin convertirnos en universidades, y muchos de los centros culturales tienen una vasta colección de libros sin convertirse exclusivamente en bibliotecas, o publican libros sin ser por eso una editorial”. Este párrafo corresponde a la introducción de un texto escrito por el investigador Friedhelm Schmidt-Welle del Instituto Ibero-Americano de Berlín en Alemania, llamado “Una Fábrica abierta al diálogo”. Fue su ponencia en el Tercer Encuentro de Red de Centros Culturales de América y Europa, realizado en Cartagena de Indias en Colombia en el 2004, la que nos entrega elementos para definir una filosofía y un contexto que caracterice a todos estos centros.

Hoy creo más necesario que nunca poder reflexionar sobre este asunto debido a la gran cantidad de espacios culturales que están surgiendo en Chile y especialmente en Santiago, y que están empleando el vocablo de “centros culturales” para cualquier tipo de instituciones y de “gestores culturales” para todo tipo de profesionales ligados al ámbito de la producción y administración de manifestaciones culturales.

Partiendo de la base de que los centros culturales tienen por naturaleza una constitución híbrida, podemos tratar de entender cuál es la función de éstos en la sociedad y qué los define como tal. Me parece que el efecto de moda se ha apoderado de todos los espacios, que intentan denominarse de un modo que no les corresponde. Un teatro o un centro de arte dramático no se convierten en un centro cultural por el mero hecho de tener un espacio o vitrina para las artes escénicas y las artes visuales. Pasan a ser un centro cultural en el momento en que encuentran un equilibrio entre una misión definida y una

visión determinada, las cuales deben establecerse desde sus inicios, con el propósito de saber hacia dónde se encamina. Finalmente, fijar políticas, es decir, definiciones con respecto a su programación, a sus fuentes de financiamiento, su ubicación geográfica, el público objetivo y potencial, su interés en el desarrollo de ciertas temáticas o movimientos culturales.

Muchas veces siento que se emplea esta hibridez de forma equivocada, ya que sin el trabajo previo descrito será muy difícil conseguir una identificación con la ciudadanía. Y aquí no estamos hablando de posicionamiento, ya que de eso se encargan en gran parte los medios de comunicación masivos, quienes a su vez tienen responsabilidad en los malentendidos y definiciones de los espacios, muchas veces por ignorancia propia o a veces simplemente por omisión. Sin lugar a dudas los responsables más directos son los agentes culturales que se han autodefinido como gestores. La verdad es que hay profesiones distintas en el ámbito de la cultura e independientemente del título o nombre con que uno se autodenomine, no es lo mismo ser productor, que ser administrador de sala; no es lo mismo ser curador, comisario, galerista o director de museos. Sus funciones son distintas, su habilidades también. Un buen productor de teatro o de festivales de teatro no tiene por qué ser un buen gestor, pero da la sensación que hoy se exige, para ser respetado, ser ante todo gestor. En el caso particular de Matucana 100, todos quienes conforman el equipo, además de desarrollarse dentro de sus ámbitos profesionales, llevan a cabo acciones de gestión de proyectos, pero no por ello se autodefinen como gestores. Un centro cultural es Gestión Cultural. Por lo tanto, sería oportuno definir cuáles son los roles y aptitudes de cada uno de los agentes del medio cultural. Creo que un buen director teatral, un gran artista visual se merece buscar a un profesional que le permita dedicarse a crear sus obras sin distracciones, ya que es el único modo de buscar la excelencia en lo que se presenta o representa frente al público. Por supuesto hay grandes artistas que además llegan a ser ágiles curadores o brillantes directores, que se convierten en impresionantes productores. Sin embargo, la gestión cultural no se basa solamente en un sentido agudo, buenas intuiciones y conocimientos de los distintos mercados culturales. También debe existir una formación académica que implique metodología, sociología, economía, comunicación, derecho, etc.,. No pretendo

desmerecer el esfuerzo de mucha gente que ha estado autoformandose por la carencia de especialistas. Pero tiendo a pensar que el mismo fenómeno de relativismo con respecto a la autodefinición de centros culturales se está produciendo en la autoproclamación de gestores culturales y me parece peligroso. No tan sólo porque confunde a las audiencias cautivas y las por crear, sino por la especificidad de las labores de los actores culturales. Me parece genial que hayan actores, directores, productores, exhibidores, directores de arte, curadores, críticos, pintores, escultores, videístas, instaladores, grabadores, bailarines, músicos, directores de orquestas, coreógrafos, administradores, gerentes, gestores y todo el abanico y variedad de posibilidades. Cada uno con su especialidad.

Con respecto a los Centros Culturales, éstos no son un tuti-fruti, son una fruta específica con un sabor, una textura y un color específico, es decir, una manzana, así como los teatros son peras, las galerías de arte frutillas y los museos guindas y así sucesivamente. Obviamente, cada fruta tiene tamaños, pesos y pigmentos distintos y en ello radica la belleza y la unicidad de cada una. Mantener estas diferencias cuesta, pero eso es lo que permite disfrutar de la diversidad.

Ernesto Ottone R.

Director Ejecutivo del Centro Cultural Matucana 100

Publicado en el Diario La Nación el 27/07/05